CAPITULO V.

FORMACION DEL ESTILO.

301. Queda dicho en la página 35 que hay tres clases de estilo: *sencillo, templado* y *sublime*. Ahora conviene asentar que, propiamente hablando, sólo hay dos: *estilo filosófico* (estilo de ideas), y *estilo pintoresco* (estilo de imágenes), porque la *sencillez*, la *templanza* y la *sublimidad* en el estilo son calidades que proceden del asunto y de las circunstancias, y no precisamente de la genialidad del autor.

302. Señálase el *estilo filosófico* por la sobriedad, la austeridad y la exacta expresión de los conceptos, naturalmente ajena á cuanto es ó parece pictórico.

Ejemplo:

«Para calificar rectamente los sucesos históricos, debe el historiador medir la influencia que han ejercido en ellos el espíritu de los tiempos y el de los lugares ó sociedades en cuyo seno se han realizado. Se expone, si no, á formar juicios errados, y á ser injusto no menos en la censura que en el elogio. Pues que no es dado al hombre vivir fuera de su siglo; pues que en la formación de su carácter y espíritu propio tienen tanta parte el carácter y el espíritu de su época, los ejemplos y las ideas de sus contemporáneos; es preciso que el historiador se traslade al tiempo y

al lugar del suceso que intenta referir; que piense como pensaron sus autores: que se revista de sus afectos y hasta de sus preocupaciones: que hable su lenguaje: que viva, en fin, con ellos, si quiere determinar con exactitud, en cuanto ésta es asequible, hasta qué punto se les pueden imputar á ellos exclusivamente sus hechos.»

Alejandro Arango y Escandón.—(Frai Luis de Leon.)

Distínguese el estilo pintoresco por la expresión luciente, sobria en ocasiones, de ordinario pródiga, y siempre suntuosa y opulenta de imágenes y de color.

Ejemplo:

«Ten misericordia de esta turba tan piadosa, como la tuviste de aquella que te seguía por las márgenes del lago de Genezaret, y qué alimentaste milagrosamente con cinco panes y dos pececillos. También esta muchedumbre ha venido á mi encuentro y al tuyo, ha escuchado tu palabra predicada por mi boca, ha permanecido largo tiempo en la orilla y en las barcas que me circundan, pendiente de mis labios. Pues busca primero el reino de Dios y su justicia, dale ¡oh Señor! por añadidura, como prometiste, los bienes temporales de que ha menester para servirte y honrarte. Multiplica sus cosechas, dá á sus campos lluvia en abundancia, haz crecer dulcísimas sus cañas, puebla sus árboles de sabrosas frutas. Bendice este río que hoy santificas de un modo especial: lleven sus ondas la fertilidad y la abundancia á las regiones que bañan; nutran en su seno saludables y numerosísimos peces. Sea la fuerza y la laboriosidad el distintivo de los varones que beben estas límpidas aguas; sean la piedad y la gallardía la herencia de las mujeres que en ellas vienen á llenar sus cándidas hidrias: el temor de tu santo Nombre los alimente á todos y los sostenga en esta vida de prueba. ¡Oh Sol de justicia! Que tus rayos se reflejen siempre en los corazones de estos mis diocesanos, á cuyas playas arribo, así como ese sol que tú

creaste se retrata en los líquidos cristales de este río caudaloso, que en tu nombre bendigo, con ambas sus riberas y los cristianos habitantes que las pueblan.»

Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de Tamaulipas, hoy de San Luis Potosí.—(Homilía sobre la Parábola de la zizaña, predicada á bordo del vapor *Tamesí*, frente á Pánuco.)

Uno y otro estilo son igualmente hermosos, si cada cual, á su manera, realiza belleza. La austera concisión de Tácito no es menos bella que la opulencia oriental de Cicerón.

303. Dijimos también, (página 154) y es conveniente repetirlo, que la mayor belleza del estilo no consiste únicamente, como muchos creen, en la corrección gramatical, indispensable en todo escrito, y base de cualquiera obra literaria, sino en unir á esta calidad fundamental expresiones geniales, vivas, resplandecientes de hermosura, y los mejores encantos de la eufonía. Sí; una cosa es escribir con entera sujeción á los cánones de la Gramática, y otra escribir hermosamente. Lo primero suele ser obra de dómines escrupulosos; lo segundo es labor de artistas. A notarios, comerciantes y escribientes les basta con la corrección gramatical; pero no así á médicos, ingenieros y abogados, los cuales se ven obligados frecuentemente á hablar en público y á escribir para el público, aunque no sea grato para ellos el cultivo de las letras. Todo profesional debe escribir bien, no sólo para ser entendido exactamente, sino para que sus obras sean agradables á oyentes y lectores. ¿Quién no conoce obras excelentes por la doctrina

é insoportables por el estilo? Nunca faltan lectores á quien escribe bien, y, diga cuanto quiera la modestia de un autor, el que escribe para el público lo hace *para ser admirado.*

Es opinión muy generalizada entre nostros que los hombres de ciencia no están obligados á escribir hermosamente, y que *eso* es cosa reservada á poetas, oradores y novelistas. Como consecuencia de tal opinión muchas personas escriben mal, y hasta alardean de hacerlo así, sin darse cuenta de que muchos individuos de muy célebre reputación científica, por escribir de tal manera se ponen en ridículo. Adunía pudiéramos citar frases y dichos auténticos, recogidos por el maleante público, que comprobarían sobradamente nuestro aserto. Contra opinión tan perniciosa arguyen los escritos de Montesquieu, de Buffon, de Cuvier, de Ampère, de Leverrier, de Littré, y de Pasteur, en cuyas obras andan unidas la ciencia y la belleza del estilo.

En este libro no se trata de dar *recetas* para hacer literatos (esto es materia de estudios especiales y de propio particular esfuerzo) sino de dar reglas para escribir bien y para educar el gusto, con objeto de que los alumnos, sea cual fuere la carrera que elijan ó el camino que sigan, puedan expresar sus ideas de palabra ó por escrito, clara, correcta y elegantemente, como debe hacerlo toda persona culta. En tal concepto vamos á indicar los medios más fáciles y mejores para la formación del estilo:

304. I. Estudio constante y fecundo de la lengua vernácula.

II. Traducción *artística* de excelentes modelos.

III. Asimilación de un buen estilo.

IV. Lectura frecuente y analítica de los mejores estilistas, antiguos y modernos.

V. Revisión escrupulosa de los escritos propios, en el sentido de la corrección gramatical é ideológica, de la pureza de lenguaje y de la eufonía.

305. Para el conocimiento, siquiera mediano, de la lengua vernácula no bastan los cursos escolares, por bueno que haya sido el éxito alcanzado en ellos, y es preciso continuar tal estudio en libros especiales y en obras de reputados hablistas. Unos y otras serán indicados por el profesor.

Quien ama el estudio del propio idioma tiene ocasión de cultivarle, no sólo en los libros, sino á todas horas, en la conversación familiar y hasta en el trato de personas ignaras. Cuéntase de Manzoni que estudiaba empeñosamente el lenguaje de sus criados, escogidos siempre en comarcas donde se conserva más pura y típica la lengua nacional. Otro tanto se dice de Pereda, el famoso novelista montañés.*

306. Recomendamos la traducción artística de excelentes modelos, porque en ese trabajo el principiante estudiará muy fácilmente las bellezas del estilo, y, sin darse cuenta de ello, se habituará á ordenar sus ideas, lo cual presenta no pocas dificultades que de otro modo tendría que vencer á fuerza de penosa labor.

---

* Al escribir esta página se nos comunica que el insigne autor de *Sotileza* ha salvado de grave enfermedad. Nos complacemos en manifestar aquí nuestra alegría, y enviamos saludo cariñoso á nuestro ilustre amigo, gloria purísima de las letras castellanas.

307. La asimilación de un buen estilo es obra larga, difícil, casi siempre infructuosa, si se quiere llegar á escribir como el autor elegido, pero de sumo provecho cuando se escoge un autor cuyo estilo se parece el nuestro, por defectuoso que éste sea. Como es fácil de comprender nadie debe aspirar á escribir como otro escritor, porque es imposible conseguirlo, y lo más que puede lograrse es llegar á imitarle, y la imitación será siempre *imitación.* El ejercicio llamado de asimilación consiste en sorprender en un autor maneras, giros y matices, para hacer de ellos cosa propia; en aprender de un maestro, no para remedarle, sino para hacer que su ejemplo sea fecundo en nosotros. Es fama que don Miguel Mir, que es mallorquí, formó su hermoso y castizo estilo castellano en el muy hermoso del P. Rivadeneira, y que durante muchos años se leía diariamente dos ó tres páginas de su autor predilecto, no para escribir como él, sino para escribir tan bien como él. Compárense trozos del *Cisma de Inglaterra* y del *Tratado de la Tribulación,* con pasajes de *La Pasión* y de la *Armonía entre la Ciencia y la Fe,* y se verá la semejanza de estilo, sin que pueda decirse que hay remedo. La asimilación de estilo es *procedimiento útil para aprovecharse de los buenos ejemplos,* cuando hay calidades que hagan fecunda en el escritor las enseñanzas del modelo. Si faltan aquéllas, de nada sirven éstas.

308. La lectura frecuente y analítica de buenos hablistas es de éxito seguro. Quien sólo habla con labriegos pronto hablará como ellos, si no se pre-

viene contra el contagio; quien trata con personas cultas como ellas hablará. Así aprenden los niños la lengua materna, y así aprendieron los misioneros las lenguas indígenas de Méjico. En las obras de un buen escritor se estudia una lengua mejor que en todas sus gramáticas.

Recomendamos el estudio de los autores españoles del siglo XVI, de quienes solía decir Icazbalceta: «*¡Felices aquellos escritores que no tenían necesidad de estudiar gramática, porque ellos la hacían!*» y de los cuales dice Menéndez y Pelayo que ennoblecieron hasta el lenguaje de los pícaros, y convirtieron los harapos de Guzmán de Alfarache en púrpura imperial. Sí, recomendamos el estudio atento y constante de esos clásicos, para enriquecer en ellos nuestro vocabulario; para aprender en sus obras giros elegantes y castizos, donaires y galanuras de buena cepa, la frase castellana, rica y amplia como manto de reina, y ante todo, y sobre todo, aquella nobilísima *sinceridad,* que, como asegura el P. Mir, recordando á Quintiliano, es *la santidad del estilo.* Pero advertiremos francamente que el estudio de los clásicos requiere la debida preparación, porque sin ella parecen á quien los estudia pesados, difusos y fatigosos; en una palabra: soporíferos. Cada época tiene su manera y su estilo, como cada escritor tiene los suyos, y el estilo arcaico tiene que ser cansado para quien busca en los clásicos lo que no tienen: la gracia y la soltura de los escritores modernos. Sólo Cervantes consigue hoy, como siempre lo consiguió, cautivar la inteligencia y regocijar el espíritu de sus lectores. ¡Envidiable poder del Genio!

Mucho hay que aprender en los clásicos; una larga vida no es bastante para aprovecharse de sus tesoros; pero nadie debe imitar ciegamente su estilo. Quienes hagan esa imitación conseguirán escribir laboriosamente, harán pesado y aburrido un estilo que pudiera ser amable, y no igualarán nunca la suprema maestría de los modelos. ¿Quién escucharía al presente en nuestras iglesias un sermón de Fray Luis de Granada? ¿Quién soporta, si no es por estudio, y en la biblioteca, el estilo de Saavedra Fajardo?

En resumen: para formarse un estilo hay que estudiar á muchos escritores, escribir como *nosotros mismos,* y *hacerlo correcta y hermosamente.*

EJERCICIOS EN LA CLASE:

(a). Estudio comparativo de estilos diferentes. (Estilo filosófico, y estilo de ideas.)

(b). Examen de obras de escritores españoles de los siglos XV y XVI, para que los alumnos estudien en ellas lo que allí deben aprender.

(c). Ensayos de asimilación de estilo en Cervantes, Rivadeneira, Menéndez y Pelayo, Mir, Valera, Galdós, Pereda, la señora Pardo Bazán, Castelar, Cánovas del Castillo, Pidal y Mon y García Icazbalceta. Recomendamos que para estudiar el estilo de nuestro gran historiador se prefiera la edición príncipe. Alguna reciente es modelo de indolencia y descuido.

CAPITULO VI.

CORRECCION DEL ESTILO.

309. *Todo escrito debe ser revisado y corregido muchas veces y con suma escrupulosidad, antes de que sea dado al público.* Es conveniente guardar el manuscrito, para corregirle pasado mucho tiempo. Siempre que sea posible debe hacerse así. Al volver á la obra, el autor se encuentra en mejores condiciones para estimar las bellezas y los defectos de su escrito.

310. La suprema corrección del estilo consiste:

I. En la claridad, debida, sin duda, á la exactitud ideológica, á la perfección gramatical y á la pureza del lenguaje.

II. En la disposición artística de cláusulas, períodos y frases.

III. En la oportuna colocación de las palabras.

IV. En la castiza elegancia de giros y locuciones.

V. En la eufonía.

VI. En la unidad.

311. De cuanto se refiere á la claridad tratamos ya en la primera parte de este libro, lo mismo que de la disposición artística de cláusulas, períodos y frases, y de la oportuna colocación de las palabras.

No están precisamente en las gramáticas, los gi-